

hombres que bajaba ya de los Alpes Trentinos hacía el Pó. Esto desconcertó á la corte de Versalles, y la puso en el caso de proponer al rey de Cerdeña un proyecto mucho mas ventajoso que antes. Las condiciones de este proyecto eran: que se daría al infante don Felipe los ducados de Parma y Plasencia, el Cremonés con Pizzighetone y la parte del Mantuano entre el Pó y el Oglio; al rey de Cerdeña todo el Milanesado con sus dependencias sobre la derecha del Pó hasta el Scrivia; á la república de Génova Serravalle y Oneglia; al duque de Módena se le devolverían sus Estados con la parte del Mantuano situada á la margen derecha del Pó, y con el derecho de sucesion al ducado de Guastalla; la Toscana pasaria á Carlos de Lorena, puesto que su hermano Francisco ocupaba el trono imperial; Francia no pedia para sí sino un pequeño territorio sobre los Alpes; además se formaria una liga italiana para hacer frente á la confederacion germánica.

Cárlos Manuel aparentó consentir en este arreglo, y de tal manera fingió contemporizar con Francia, no obstante que interiormente estaba resuelto á no separarse de la alianza de Austria, que llegarán á firmarse los preliminares (17 de febrero, 1746); todo con objeto por parte del astuto rey de Cerdeña de dar lugar á que llegaran á Italia las tropas alemanas; esperando además que la negativa que suponía por parte de España le sacaria del compromiso de observar los preliminares, y todo sucedió á medida de su pensamiento. Los monarcas españoles se resintieron vivamente contra la corte de Francia que así abandonaba á su hijo en la ocasion mas crítica, cuando un ejército de ochenta mil hombres estaba cerca de enseñorear toda la Italia, cuando el rey de Cerdeña estaba separado de los austriacos y en peligro de perder las pocas fortalezas que aun poseía; miraron el tratado de Turin como una infraccion injustificable del de Fontainebleau; acusaron al ministro francés de dar perniciosos consejos al rey su sobrino (1); y enviaron á Versalles al duque de Huescar como embajador extraordinario, para que en union con el marqués de Campo-Florido procurara deshacer la negociacion. Esta negativa de la corte de España á la aceptacion de los preliminares, junto con la llegada á Italia de los refuerzos austriacos que obligaron á los españoles á fijar su atencion en la defensa de Parma, Plasencia y Guastalla, dió á Cárlos de Cerdeña el pretexto que apetecía de dar por nulo el tratado, y declaró al general francés Maillebois que el armisticio quedaba roto.

Mudóse, pues, de repente la escena en el teatro de la guerra. Abrió Cárlos Manuel la campaña el 5 de marzo (1746) atacando á Asti, que se le rindió al tercer dia, quedando prisioneros cinco oficiales generales, trescientos sesenta oficiales y cinco mil soldados. Maillebois que iba en su socorro recibió en el camino la noticia de su rendicion. Los españoles llamaron sus tropas hácia el Parmesano, sacaron los napolitanos y los genoveses de Alejandría, y entonces los franceses abandonaron tambien esta ciudad, cuando tenian reducida á la mayor extremidad la ciudadela (10 de marzo). El infante don Felipe y el duque de Módena, amenazados por una division austriaca, huyeron de Milan una mañana antes de romper el dia (18 de marzo), y apenas habian salido cuando la ocupó un regimiento de húsares alemanes. Diseminadas las fuerzas españolas y empleadas en guarnecer diferentes plazas, las de Luzara y Guastalla fueron arrojadas por un cuerpo considerable de austriacos. El marqués de Castelar que ocupaba á Parma con ocho mil hombres no pudo ser socorrido por el conde de Gages, que se limitó á llamar la atencion del enemigo hácia el Taro; pero le proporcionó salir á través de los puestos de bloqueo despues de haber sufrido penosas privaciones, y cuando llegó á la montaña de Pontremoli habia perdido casi la mitad de su gente. Parma fué ocupada por el enemigo (abril, 1746), y los españoles que habian quedado en la ciudadela fueron hechos prisioneros. A los pocos dias el rey de Cerdeña tomaba á Valencia por capitulacion (2 de mayo). El de Gages levantó su campo del Taro, y fué empu-

(1) Añádese que la reina dijo al obispo de Reims, embajador francés en Madrid: «Nos amenaza Francia como si fuéramos niños, y nos enseña las disciplinas con que quiere azotarnos si no cedemos á sus exigencias.» Memorias de Noailles.

jado por los austriacos hasta el Nura. Lo único que consoló de tantos reveses á los españoles fué una sorpresa que el general Pignatelli hizo á un cuerpo de cinco mil austriacos en Codogno, derrotándoles completamente. Pero los imperiales, mandados ya entonces por Lichtenstein como general en jefe, cañonearon y destruyeron el seminario de San Lázaro, en que los españoles se habian fortificado, y desde aquel punto bombardearon la ciudad de Plasencia. Los fuertes de Rivalta y Montechiaro cayeron en poder de los de Austria (4 de junio de 1746).

Al fin el general francés Maillebois, que habia ido retirándose sucesivamente de todas las plazas, y se habia situado en el alto del Monferrato para hacer frente lo mejor posible al rey de Cerdeña, cediendo á las instancias que desde Plasencia le hacia el infante don Felipe, dejó aquellas posiciones y marchó aceleradamente á su socorro, incorporándose con los españoles orillas del Trebia (15 de junio, 1746). Tan luego como se verificó la reunion, acordaron Felipe y Maillebois dar una batalla general; y la noche misma del 15 al 16 cruzaron el Trebia en tres columnas, pero encontraron prevenidos los generales austriacos, y en medio de las tinieblas de la noche se empeñó un vivo combate, que duró hasta la caída de la tarde del otro dia. La oscuridad produjo falta de concierto y combinacion en los movimientos de los españoles y franceses, y los austriacos supieron aprovechar hábilmente aquella falta. A pesar de todo se disputó con mucho ardor la victoria, pero habiendo salido mal á los franco-españoles el ataque del centro, declaróse el triunfo por las armas de María Teresa de Austria. Sobre cinco mil hombres, entre españoles y franceses, quedaron en el campo; dos mil fueron hechos prisioneros, con varias piezas de artillería, banderas y otros efectos de guerra. Españoles y franceses fueron rechazados á la derecha del Pó y arrojados á Plasencia; y como tenian cortadas las comunicaciones con Génova, les fué preciso mantenerse allí, sacando contribuciones y enviando á forrajear á la orilla izquierda. A mediados de julio llegó á las márgenes del Trebia el rey Cárlos Manuel con el grueso del ejército sardo, é incorporado con el austriaco que mandaba Lichtenstein, tuvieron consejo para deliberar sobre las operaciones ulteriores que deberian de emprender contra españoles y franceses. Pero en este estado las novedades que ahora diremos suspendieron los ánimos y las operaciones de los que mantenian esta célebre lucha (2).

En tanto que la campaña de Italia, al principio tan próspera, se estaba mostrando tan adversa á don Felipe y los franceses, la corte de Versalles, así por esta razon como por haber visto frustrado su proyecto de separar al rey de Cerdeña de su alianza con Austria, envió otra vez á Madrid al duque de Noailles con dos objetos, el de calmar el resentimiento de los reyes con su sobrino Luis XV, y el de persuadirles á que no insistieran en pedir el Milanesado para su hijo don Felipe. Noailles, á pesar de haber encontrado á los reyes quejosos de que se les ocultase otra negociacion que el gabinete francés traía con Holanda, tuvo habilidad y suerte para ir templando su enojo, y aun logró convencerlos de la imposibilidad en que Francia se hallaba de enviar mas socorros á Italia así como de que era indispensable circunscribir las operaciones de la guerra á un país que se pudiera conservar. Por último consiguió tambien que desistieran de sus pretensiones á Milan y Mantua; y á condicion de que estos dos ducados no fueran nunca del rey de Cerdeña, se conformaban ya con los de Plasencia y Parma y alguna otra compensacion para su hijo. Y en una nota que el rey entregó al embajador, despues de consignar su derecho á la Lombardia, manifestaba la esperanza de que el rey su sobrino no dejaria de proporcionar á Felipe un equivalente á los Estados de Mantua y Milan, que le habia asegurado por el tratado de Fontainebleau. Sobre todo, su honra y el cariño que tenia á la reina le obligaron, decia, á no renunciar de modo alguno al artículo

(2) Muratori, Anales de Italia.—Buonamici, Comentarios sobre estas campañas.—Beccatini, Cárlos III, lib. II.—Memorias de Noailles.—Ojeada sobre la suerte de los Estados italianos.—Historia de la casa de Austria.—Gacetas de Madrid, 1745 y 1746.

en que se establecía que la reina Isabel tendria durante su vida el goce del ducado de Parma. Para asegurar al infante en la posesion de los ducados que habian de aplicársele, proponia que las dos coronas de España y Francia contribuirían con un subsidio anual por partes iguales. Y por último encomendaba al rey Luis XV su sobrino y ponía en sus manos la suerte de su esposa y la de los dos hijos de esta, Cárlos y Felipe, que era el depósito mas tierno que podia confiarle (1).

Parecia este documento, mas bien que una nota diplomática, una disposicion testamentaria, ó por lo menos una especie de anuncio ó presentimiento de lo que le iba pronto á suceder. En efecto, la salud de Felipe, además de la habitual melancolia que dominaba su espíritu, se habia ido quebrantando con tantas inquietudes, y aunque hacia algun tiempo que no habia padecido ataques de aquellos que hicieran temer un inmediato peligro para su existencia, no pudo resistir á uno de apoplejía que le llevó arrebatadamente al sepulcro (9 de julio, 1746), acabando sus dias en el palacio del Buen Retiro y en los brazos de su esposa, á los cuarenta y siete años de reinado y á los sesenta y tres de su edad (2).

La noticia de este importantísimo acontecimiento suspendió los ánimos de todos, esperando el nuevo giro que necesariamente habian de tomar los negocios que habian producido aquella guerra.

## CAPITULO XXIII

### Gobierno y administracion.—Movimiento intelectual

Carácter de Felipe V.—Sus virtudes y defectos.—Medidas de gobierno interior.—Aumento, reforma y organizacion que dió al ejército.—Brillante estado en que puso la fuerza naval.—Impulso que recibió la marina mercante.—Comercio colonial.—Sevilla; Cádiz; Compañía de Guipúzcoa.—Industria naval.—Leyes suntuarias.—Fabricacion: manufacturas españolas.—Sistema proteccionista.—Aduanas.—Agricultura.—Privilegios á los labradores.—Contribuciones.—Arbitrios extraordinarios.—Correccion de abusos en la administracion.—Provincias Vascongadas: aduanas y tabacos.—Rentas públicas: gastos é ingresos anuales.—Aumento del gasto de la casa real.—Pasion del rey á la magnificencia.—Construccion del palacio y jardines de San Ildefonso.—Palacio Real de Madrid.—Real Seminario de nobles.—Proteccion á las ciencias y á las letras.—Creacion de academias y escuelas.—Real Academia Española.—Universidad de Cervera.—Biblioteca Real de Madrid.—Real Academia de la Historia.—Id. de Medicina y Cirugía.—Aficion á las reuniones literarias.—El Diario de los Literatos.—Sabios y eruditos españoles.—Feijóo.—Macanaz.—Médicos: Martin Martinez.—Fr. Antonio Rodriguez.—Historiadores: Ferreras; Miñana; Belandó; San Felipe.—Mayans y Ciscar.—El dean Martí.—Poesía.—Luzan: su Poética.—Aurora de la regeneracion intelectual.

Tantos y tan grandes y tan continuados acontecimientos políticos y militares; tantas guerras interiores y exteriores;

(1) Memorias de Noailles, tom. VI.

(2) Tuvo Felipe V los hijos siguientes en sus dos matrimonios: De María Luisa de Saboya:

1. Luis; que nació en 1707, subió al trono por abdicacion de su padre en 1724 y murió en el mismo año.
2. Felipe; que nació en 2 de julio de 1709, y murió el 8 del mismo mes.
3. Felipe Pedro Gabriel; nació el 7 de julio de 1712, y murió el 26 de diciembre de 1719.
4. Fernando, príncipe de Asturias; nació en 23 de setiembre de 1713, y heredaba la corona en 1746.
- De Isabel Farnesio de Parma:
6. Cárlos, que nació en 20 de enero de 1716, primeramente gran duque de Toscana, Parma y Plasencia, y á la sazón rey de Nápoles y de Sicilia.
7. Francisco; que nació el 21 de marzo de 1717, y murió el 21 de abril siguiente.
8. Felipe; que nació el 15 de mayo de 1720. Es el que dejamos ahora sosteniendo la campaña de Italia.
9. Luis Antonio; nacido en 1723, y creado arzobispo de Toledo y cardenal en 1735.
5. María Ana Victoria; que nació en 1715, desposada primeramente con Luis XV de Francia, y casada despues en 1729 con el príncipe del Brasil, que fué rey de Portugal.
10. María Teresa Antonia; nacida en 1728, casada en 1745 con Luis, delfin de Francia, murió este mismo año de 1746.

tantas negociaciones diplomáticas; tantas y tan diversas confederaciones y alianzas entre las potencias de Europa; tantos y tan diferentes tratados de paz y amistad, tan frecuentemente hechos y tan á menudo quebrantados; tantas empresas terrestres y tantas expediciones marítimas; tantas agregaciones y segregaciones de Estados y territorios; tantas conquistas y tantas pérdidas; tantas batallas campales y navales; tantos sitios de plazas; tantos enlaces de príncipes, proyectados unos, deshechos otros, y otros consumados; tan complicado juego de combinaciones y de intrigas de gabinetes; tantas renunciaciones y trasposos de coronas, de principados y de reinos; tal sustitucion de dinastías; tales mudanzas en las leyes de sucesion de las monarquías y de los imperios; y por último la parte tan principal que tuvo España en los grandes intereses de todas las potencias europeas que en este tiempo se agitaron y pusieron en litigio, nos han obligado á dedicar á estos importantes asuntos casi toda la narracion histórica de este largo reinado. Su cohesion y encadenamiento apenas nos han dejado algun claro, que hemos procurado aprovechar, para indicar tal cual medida de administracion y gobierno interior de las que se dictaron en este importante período.

Al proponernos ahora dar cuenta de algunas de estas disposiciones, lo haremos solamente de aquellas que basten para dar á conocer el espíritu y la marcha del gobierno de este príncipe, sin perjuicio de explanarlas en otro lugar, cuando hayamos de examinar y apreciar la situacion de la monarquía en los primeros reinados de la casa de Borbon, segun nuestra costumbre y sistema.

Dotado Felipe V de un alma elevada y noble, aunque no de todo el talento que hubiera sido de desear en un príncipe en las difíciles circunstancias y miserable estado en que se encontraba la monarquía; dócil á los consejos de los hombres ilustrados, pero débil en obedecer á influencias, si muchas veces saludables, muchas tambien perniciosas; modelo de amor conyugal, pero sucesivamente esclavo de sus dos mujeres, no parecidas en genio, ni en discrecion, ni en inclinaciones; rodeado generalmente de ministros hábiles, que buscaba siempre con el mejor deseo, á veces no con el acierto mejor; ejemplo de integridad y de amor á la justicia, en cuya aplicacion ojalá hubiera seguido siempre el impulso de sus propios sentimientos; pronto á ejecutar todo proyecto grande que tendiera á engrandecer ó mejorar sus Estados, pero deferente en demasía á los que se los inspiraban por intereses personales; merecedor del dictado de Animoso con que le designa la historia, cuando obraba libre de afecciones que le enervaran el ánimo, pero indolente y apático cuando le dominaba la hipocondría; morigerado en sus costumbres, y tomando por base la moralidad para la dispensacion de las gracias, cargos y mercedes, pero engañándose á veces en el concepto que merecian las personas; apreciador y remunerador del mérito, y amigo de buscarle donde existía, aunque no siempre fuera acertado su juicio; humano y piadoso hasta con los rebeldes y traidores; enemigo de verter sangre en los patibulos, pero sin dejar de castigar con prisiones ó con penas políticas á los individuos y á los pueblos que le hubieran sido desleales; amigo y protector de las letras, sin que él fuese ni erudito, ni sabio; religioso y devoto hasta tocar en la supersticion, pero firme y entero, y hasta duro con los pontífices y sus delegados en las cuestiones de autoridad, de derechos y de prerogativas; extremadamente amante de su pueblo, con el cual llegó á identificarse, contra lo que pudo esperarse y creerse de su origen, de su educacion, y de las inspiraciones é influencias que recibia; francés que se hizo casi todo español, pero español en quien revivian á veces las reminiscencias de la Francia; príncipe que tuvo el indisputable mérito de

11. María Antonia Fernanda; que nació en 1729.

El rey, que tenia hecho su testamento desde 1726, y en él ordenaba que se le enterrara en la iglesia de su querido sitio de San Ildefonso, dejó á la reina viuda una pension de 70,000 duros anuales, y la tutoría de sus hijos é hijas menores. Esta señora se retiró de los negocios públicos y se fué á habitar á la Granja al lado de las cenizas de su difunto esposo.

preferir á todo su España y sus españoles, á riesgo de quedarse sin ninguna corona y sin ningún vasallo, pero á quien en ocasiones estuvo cerca de hacer flaquear el antiguo amor patrio; Felipe V, con esta mezcla de virtudes y de defectos (que vicios no pueden llamarse), si no reunió todas las dotes que hubieran sido de desear en un monarca destinado á sacar la España de la postración en que yacía, tuvo las buenas prendas de un hombre honrado, y las cualidades necesarias en un príncipe para sacar de su abatimiento la monarquía, y empujarla por la vía de la regeneración y de la prosperidad (1).

Un monarca de estas condiciones no podía dejar de ocupar el tiempo que le permitieran las atenciones de las infinitas guerras en que se vió envuelto, en adoptar y plantear las medidas de administración y de gobierno interior que él mismo alcanzara ó que sus ministros le propusieran. Como su primera necesidad fué el pelear, tuvo que ser también su primer cuidado el aumento, organización y asistencia del ejército, que encontró menguado, indisciplinado, hambriento y desnudo. Merced á sus incesantes desvelos, y á una serie de acertadas disposiciones, aquel pobre y mal llamado ejército que había quedado á la muerte de Carlos II, llegó en este reinado á ser más numeroso y aun más brillante que los de los siglos de mayor grandeza y de las épocas de más gloria. Verdad es que el amor que supo inspirar á sus pueblos hizo que le suministraran sin repugnancia, y aun con gusto, recursos y soldados, que de otra manera no habría podido convertir aquellos escasos veinte mil hombres que se contaban en los dominios españoles á la muerte del último monarca austriaco, en los ciento veinte batallones y más de cien escuadrones, con una dotación de trescientas cuarenta piezas de artillería, de que disponía al terminar la guerra de sucesión, con general admiración y asombro.

Debiósele á él la creación de los guardias de Corps, la de los regimientos de guardias españolas y walonas (1704), la de la compañía de alabarderos (1707), la organización del cuerpo de ingenieros militares (1711), la de las compañías de zapadores mineros, la de las milicias provinciales (1734), institución que permitía mantener á poca costa un número considerable de soldados robustos y dispuestos para los casos de guerra, sin molestarlos ni impedirles dedicarse á sus faenas en tiempo de paz, y contar con brazos preparados para empuñar las armas sin robar á los campos y á los talleres sino el tiempo puramente preciso. Establecieronse escuelas de instrucción para el arma de artillería y fundiciones de cañones en varias ciudades. Los soldados que por edad ó por heridas se inutilizaban para el servicio, los cuales se designaban con el título de inválidos, encontraban en las provincias un asilo, y disfrutaban de una paga, aunque corta, suficiente para asegurar su subsistencia. La organización del ejército, el manejo y el tamaño y medida de las armas, las categorías, el orden y la nomenclatura de los empleos y grados de la milicia, se tomaron del método y sistema que se había adoptado en Francia, y se ha seguido con algunas modificaciones, que la experiencia y los adelantos de la ciencia han aconsejado como útiles, hasta los tiempos modernos. Apreciador Felipe del valor militar, de que más de una vez dió personal ejemplo; nunca perezoso para ponerse al frente de sus tropas y compartir con ellas los trabajos y privaciones de las campañas; no escaso en remunerar servicios, y justo distribuidor de los ascensos, que generalmente no concedía sino á los oficiales de mérito reconocido, restableció la perdida disciplina militar, y

(1) Los discursos de Viera y Clavijo, y de Conde y Oquendo, titulados uno y otro *Elogio de Felipe V*, premiados por la Real Academia Española en el certámen de 1779, merecieron sin duda los premios respectivos con que aquella docta corporación laureó á sus autores, como modelo de elocuencia y de puro y castizo lenguaje. Pero adolecen á nuestro juicio de lo que caracteriza comunmente las composiciones de este género, que llevan por título y tema *el elogio*, y en que por lo mismo suelen los autores ensalzar desmedidamente las virtudes de los personajes cuyo panegírico son llamados á hacer, y omitir enteramente sus defectos, ó solo indicar muy someramente los más ligeros. Nosotros hemos anticipado este brevísimo juicio, que aun habremos de ampliar, sobre el estudio de todos los hechos de su largo reinado.

no se veían ya aquellas sublevaciones, aquellas rebeliones tan frecuentes de soldados que empañaban las glorias de nuestros ejércitos en los tiempos de la dominación austriaca. Y con esto, y con haber traído á España acreditados generales é instruidos oficiales franceses de los buenos tiempos de Luis XIV, logró que se formaran también aquellos hábiles generales españoles, que pelearon con honra, y muchas veces con ventaja con los guerreros de más reputación de Europa, y supieron llevar á cabo empresas difíciles y hacer conquistas brillantes, renovando las antiguas glorias militares de España (2).

Teniendo desde el principio por enemigas potencias marítimas de la pujanza y del poder de Inglaterra y Holanda, bien fué menester que Felipe y su gobierno se aplicaran con todo celo y conato al restablecimiento de la marina española, reducida casi á una completa nulidad en el último reinado de la dinastía austriaca. Y de haberlo hecho así daba honroso testimonio la escuadra de más de veinte navíos de guerra, y más de trescientos buques de transporte que se vió salir de los puertos de España á los diez años de hecha la paz de Utrecht. La expedición marítima á Orán en los postreros años de Felipe dejó asombrada á Europa por la formidable armada con que se ejecutó, y la guerra de Italia con los austriacos y sardos no impidió al monarca español atender á la lucha naval con la Gran Bretaña y abatir más de una vez el orgullo de la soberbia Albion en los mares de ambos mundos. De modo que al ver el poder marítimo de España en este tiempo, nadie hubiera podido creer que Felipe V á su advenimiento al trono solo había encontrado unas pocas galeras en estado casi inservible.

Tan admirable resultado y tan notable progreso no hubieran podido obtenerse sin una oportuna y eficaz aplicación de los medios que á él habían de conducir, porque la marina de un país no puede improvisarse, como la necesidad hace muchas veces improvisar soldados. Eran menester fábricas y talleres de construcción, astilleros, escuelas de pilotaje, colegios en que se diera la conveniente instrucción para la formación de buenos oficiales de marina. Trabajóse en todo esto con actividad asombrosa; se dieron oportunas medidas para los cortes de maderas de construcción, y para las manufacturas de cables; no se levantaba mano en la construcción de buques, el astillero que se formó en Cádiz bajo la dirección del entendido don José Patiño fué uno de los más hermosos de Europa, y del colegio de guardias marinas creado en 1727, dotado de buenos profesores de matemáticas, de física y de las demás ciencias auxiliares de la náutica, salieron aquellos célebres marineros españoles que antes de terminarse este reinado gozaban ya de una brillante reputación (3).

La marina mercante recibió el impulso y siguió la proporción que casi siempre acostumbra en relación con la decadencia ó prosperidad de la de guerra; y si el comercio exterior, especialmente el de la metrópoli con las colonias de América, que era el principal, no alcanzó el desarrollo que hubiera sido de apetecer, no fué porque Felipe y sus ministros no cuidaran de fomentarle y protegerle, sino que se debió á causas ajenas á su buena intención y propósitos. Fuéronlo entre ellas muy esenciales, de una parte las ideas erróneas que entonces se tenían todavía en materias mercantiles y principios generales de comercio, que en este tiempo comenzaban ya á rectificar algunos hombres ilustrados; de otra parte las continuas guerras marítimas y terrestres, unas y otras perjudicialísimas para el comercio colonial, las unas haciendo inseguro y peligroso el tráfico nacional y lícito, y dando lugar al contrabando extranjero, las otras obligando al rey á aceptar y suscribir á tratados de comercio con potencias extrañas, sacrificando los intereses comerciales del reino á la necesidad urgente de una paz ó á la conveniencia política de una alianza. La providencia que se tomó durante la guerra de sucesión de pro-

(2) San Felipe, Comentarios.—Belando, Historia civil.—Memorias históricas; MS.—Historia de la milicia española.—Memorial del cuerpo de ingenieros.—Revistas militares.

(3) Historia de la Marina Real española.—Ulloa, Restablecimiento de las manufacturas y del comercio de España.—Ustariz, Teórica y práctica del comercio.